

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 4º de Cuaresma)

“ Jesús dijo esta parábola a los fariseos y escribas:” Un hombre tenía dos hijos , el menor de ellos dijo a su padre:”Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo emigró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo:”Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adónde está mi padre y le diré:”Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”. Se puso en camino a donde estaba su padre, cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo:” Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a a sus criados:” Sacad enseguida el mejor traje y vestidlo, ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies, traed el ternero cebado y matadlo, celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver, se acercaba a la casa, oyó la música y el baile y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. El se indignó y se negaba a entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: “Mira, en tanto años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos, y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo:” Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo, deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado”

(Lucas 15,11-32)

La Palabra nos ofrece en el texto de Lucas, una de las parábolas básicas, para adentrarnos en la entrañable misericordia de Dios. Dios es el Padre bueno que espera siempre al hijo que dejó casa, familia y dolor en el corazón. Cuando el hijo regresa vacío y fracasado, el padre no le recrimina, no le rechaza, no le pide cuentas, le cubre de besos y con el abrazo del perdón , celebra la fiesta de la misericordia.

El hijo menor, se abre a la aventura de una vida sin freno y sin control. Su propio fracaso le hace sentir necesidad y añorar la casa paterna. Se ha equivocado y ha perdido, pero es capaz de volver, de reconocer su pecado, de ponerse en camino, confiando en la bondad de su padre.

El hermano mayor vive y expresa el resentimiento de quien cumple obligaciones, exige derechos pero desconoce el sentido de la gratuidad. Su rigidez le impide saborear la alegría de la reconciliación con el hermano perdido, compartir la fiesta del amor que acoge, perdona y dignifica siempre.

Que la Palabra vuelva a suscitar en nosotros la necesidad de vivir envueltas en la misericordia. Que vivamos la compasión con el corazón del Padre, que estemos siempre dispuestos a esperar, a confiar en el cambio, a perdonar..

Que descubramos que siempre es tiempo de “volver”, de reconocer errores, de pedir disculpas, de acercarnos humildes al abrazo de reconciliación.

Y que nos dejemos tocar por la Misericordia de Dios, para que también nosotras, volvamos a alegrarnos por el hermano que se levanta, volvamos a compartir con él , la fiesta de la Misericordia

ORACIÓN

Siempre me resulta entrañable
escuchar en silencio esta parábola,
y dejar que tu Palabra
hecha compromiso y vida
me vaya envolviendo,
silenciando, adentrando
en el corazón de tu misericordia.

Contigo, Señor,
Vuelvo a dar gracias a Dios, Padre bueno
que siempre espera,
que no rechaza ni recrimina,
que no pide cuentas al que ha errado.
Que siempre tiene las puertas
y el corazón abiertos,
para acoger, para perdonar,
para restaurar la vida y la esperanza.

Contigo, Señor le pido al Padre,
que haga crecer en mí,
entrañas de misericordia,
para acoger sin condiciones
para perdonar sin resentimientos,
para dar el primer paso
hacia el reencuentro
y la reconciliación.

Contigo, Señor,
quiero reconocirme
como el hijo que se aleja
buscando sólo sus intereses,
pero que, añorando la presencia del Padre,
está dispuesto a volver.
Quiero volver
reconociendo mi error y mi egoísmo,

volver confiando
en su abrazo de perdón.
Volver agradeciendo
que desde la misericordia del Padre,
siempre es tiempo de renacer,
de empezar de nuevo,
de volver a compartir la fiesta
de la vida nueva, restaurada
en el fuego santo de la Pascua.

Contigo, Señor
a tu lado y en tu presencia.
Quiero pedirte luz
para que me descubra
en el hermano resentido
que, a veces envidia la alegría compartida
porque el otro, cambia y se levanta.
Transforma, Señor
mi rigidez y mi inflexibilidad
ante el comportamiento de los demás.
Hazme, Señor, descubrir
el sabor de la gratuidad
que ama y sirve sin esperar nada a cambio.
Que descubra y viva
el amor hecho misericordia,
que se desborda
en gestos de ternura y cercanía,
que brotan de más adentro
y van más allá
del simple cumplimiento
de una obligación.

Que no me excluya
de la fiesta de la reconciliación.
Que me ponga
túnica y sandalias nuevas
para celebrar con todos,
la fiesta de la Misericordia.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

